

na, y Mariátegui la interpreta desde el ángulo óptico de su franco marxismo. Nada de extraño puede tener que explique la emancipación hispanoamericana por motivos económicos, pese al relegamiento a segundo plano a que condena a las influencias ideológicas. Acierta más cuando vislumbra en el régimen de la propiedad peruana la indudable supervivencia del feudalismo virreinal que se disfraza de burguesía civilista y gamonalismo serrano. Es el primero que proclama la liquidación definitiva de la feudalidad como fundamento para edificar nuestra nueva economía.

Nobilísimo, simpatizante de la raza india, gracias a su actitud penetra con certeza en el proceso evolutivo de ese "otro mundo" que alienta "detrás de las montañas". Como muy pocos indigenistas, Mariátegui entiende el problema indígena y coincide con cuantos sostenemos que "la cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social". Una cuestión de justicia, que sólo puede resolverse revolucionariamente y por el mismo indio, nunca por sus tutores y curadores. (Basta de "encomenderos"!)

En 7 ensayos se analiza el régimen agrario desde el comunismo inkaico hasta la "latifundia" de nuestros tiempos, y con certero juicio se determina el papel que jugaron en este proceso los factores de la economía. Muy sintéticamente—como lo exige el ensayo, toda vez que el asunto motivaría gruesos infolios—expone y juzga Mariátegui el problema de la tierra bajo el Inkario, el Virreynato, y la República. Admirable es el poder intuitivo del autor que, sin conocer de visu la Sierra del Perú, afirma esta evidencia: "Destruir las comunidades no significa convertir a los indígenas en pequeños propietarios y ni siquiera en asalariados libres, sino entregar sus tierras a los gamonales y a su clientela".

Cuando Mariátegui compara las estructuras socialistas no cae en error, y sabe distinguir; así sostiene que el "comunismo moderno es una cosa dis-

tinta del comunismo inkaico....Uno y otro comunismo son un producto de diferentes experiencias humanas. Pertenecen a distintas épocas históricas. Constituyen la elaboración de disímiles civilizaciones. La de los Inkas fué una civilización agraria. La de Marx y Sorel es una civilización industrial. En aquella el hombre se sometía a la naturaleza. En ésta la naturaleza a veces se somete al hombre. Es absurdo, por ende, confrontar las formas y las instituciones de uno y otro comunismo. Lo único que puede confrontarse es su incorpórea semejanza esencial, dentro de la diferencia esencial y material de tiempo y de espacio. Y para esta confrontación hace falta un poco de relativismo histórico".

No se deja seducir por aparentes homologías, y es suficientemente sagaz para sortear los peligros de los preconceptos partidistas. Mariátegui no aspira a juez imparcial. Ese papel riñe con su inquietud vital, con su fervor apostólico. No es, no puede ser, un indiferente, un neutro; todo al revés; pocos como él tan francos, explícitos y sinceros como hombre y como publicista. Desde "Amauta"—su gran tribuna de indoamericanismo—se define pura y llanamente socialista. Y defiende su filiación en brillantes polémicas de extraordinaria resonancia.

En el "problema de la tierra", el autor enjuicia el proceso agrario con criterio amplísimo, sin recaer un instante en el espíritu superado del liberalismo ochocentista y sin encerrarse tampoco en las estrictas medidas al uso entre los corifeos de Marx, Proudhon y Sorel.

Al tratar extensamente del importante tópico de la instrucción, obtiene captaciones felices. "Somos un pueblo, sostiene, en el que conviven sin fusionarse, aún sin entenderse todavía, indígenas y conquistadores". Y agrega después: "la República es el Perú de los colonizadores, más que de los regnícolas". Comprueba una y otra vez la verdad que nosotros denunciábamos ante el escándalo de los convencionalistas: "El Perú es un pueblo de